

Líbrame de la violencia
De su famélica saña,
Y harás con sólo esta hazaña
Segura nuestra existencia.”

El mastinazo tenía
Sobre las manos cruzadas
Descansando las quijadas,
Y al soslayo la veía.
Contestándole, decía
A la rata dolorida:
“Lleve en paciencia, querida,
Sus temores y disgustos,
Que á cambio de tales sustos
Se nos concede la vida.

Ningún mortal se sustrajo
De pagar ese tributo,
Desde el león monarca bruto,
Al humilde escarabajo.
Está en regla su trabajo,
Según cierto colegial,
Pues tanto el bien como el mal,
El descanso y la fatiga,
Entran en el plan, amiga,
Del sistema universal.”

En esta sazón gritó
El amo, porque enfadado
Le daba voces á un criado,
Y luego el perro ladró.
Al punto se levantó
Diciendo: “voy en ayuda
Del pobre hombre, que sin duda
En algún peligro está,
Y tal vez extrañará
Que á su defensa no acuda.”

De esta suerte se despide,
Y ladrando el perro corre
Hacia el hombre á quien socorre
Sin que nadie lo convide.
Pero á la rata que pide
Con necesidad extrema,
La deja que gima y tema,
Añadiendo el desconsuelo
De que su pena y su duelo
Esté en orden del sistema.

Aliviamos al pudiente
En sus penas moderadas,
Y en las suyas reagradas
Dejamos al indigente.
Bien sabes, lector prudente,
Que es fábula lo que escribo;
Pero si eres reflexivo,
Y de memoria no escaso,
Te acordarás de algún caso
Idéntico y efectivo.

“¡Qué cuadro de costumbres tan bien acabado! (Exclama nuestro distinguido literato don José Milla.) ¡Qué toques tan felices! ¡Qué versificación tan fácil y correcta! El contraste de la fuerza, la superioridad, el orgullo y el egoísmo con la debilidad, la pequeñez de ánimo, el abatimiento y la necesidad del ajeno amparo, están perfectamente diseñados en el mastín y en la rata. El diálogo es animado; nos olvidamos de que hablan animales; creemos oír seres humanos, ver una escena de la vida real. La indolencia medio filosófica y medio desdeñosa del mastín contrasta con el afán servil que muestra, apenas cree que lo necesita el poderoso. Esa fábula da idea de que el que la escribió era un verdadero poeta. Hartzenbusch la habría escrito igual; pero no tal vez mejor.”

Así como en los renombrados apólogos de Florián, se encuentra mucho del tinte revolucionario del año 1789, nos descubre Goyena en sus fábulas políticas que aquellas ideas francesas habían franqueado ya la inmensa valla que les oponían las aguas del Océano. El pensamiento, como la electricidad, salva todas las distancias.

Hombre de talento, de corazón y de perspicacia, no era nuestro literato partidario del absolutismo, ni se forjaba ilusiones con efímeras promesas de partido, ni corría desalentado tras novedades imprudentes y desastrosas. Muchos de los acaecimientos de su tiempo fueron previstos por él, y otros tan fielmente bosquejados, que hasta hoy leense con gusto aquellas producciones. García Goyena no era adorador del tradicionalismo ciego, ni tampoco fué partidario del bochinche, de la desmoralización, y de ese incomprendible desvarío

“Que cubre nuestras almas con un velo,
Como el sepulcro, impenetrable y frío;
De ese insensato pensamiento impío
Que destituye á Dios, despuebla el cielo
Y precipita el mundo en el vacío.”

Por el contrario, recordaba que, hasta los más grandes hombres han caído en exageraciones, y que si Milton representó el celo intolerante de los puritanos, también Calderón hubo de inspirarse en la sombría piedad de Felipe II. El filósofo, cuyas obras analizamos, acababa de ver que, en nombre de la libertad, se degolló á un pueblo entero; y que, bajo el peso del absolutismo, fueron al cadalso Padilla, Riego y los otros mártires de España. Por eso, en varias de las letrillas y en algunas de las fábulas de Goyena, encontramos profunda intención política.

“La fábula de *“Los Sanates en Consejo,”* es un remedo ingenioso de lo que pasa muchas veces en los Congresos hu-

manos. La que tiene por título *“Los Animales congregados en Cortes,”* y cuyo argumento, como el de la primera, está tomado de un hecho histórico, nos reproduce fielmente en el fingido lenguaje de las fieras que claman libertad, el mismo idioma que usan, de ordinario, esos espíritus turbulentos que descuellan en los tiempos de revueltas.

Libertad grita el Tigre, en todo caso
Para que por las plazas y las calles
Me pueda yo pasear sin embarazo.
Libertad absoluta sin detalles,
Al mismo tiempo reclamaba el Oso
Para rugir por montes y por valles.
Repite libertad el cauteloso
Jacal, poniendo su mirar ferino
En el Conejo débil y medroso.
Tengamos libertad dice el dañino
Lobo, para dejar la obscura gruta,
Y salir á las claras al camino.
Demanda libertad la Zorra astuta
Y que mueran el Hombre y el Mastín,
Para que pueda ser más absoluta.
Nuestro Gato montés y el Tacuazín
Son de la libertad declamadores;
Y todos piden libertad al fin.

No era posible haber representado más al vivo, algunas de las escenas de que debíamos ser testigos, en medio de la conflagración que iba á abrasarnos, durante un largo periodo de licencia y anarquía. Así era como Goyena, ocultando la verdad entre los velos de la ficción y usando de la Fábula como de una institución política, ponía delante de nuestros ojos la imagen de nuestros extravíos; así era como daba lecciones de prudencia á sus conciudadanos, al borde ya

de una transición peligrosa, y les mostraba el abismo en que pudiera hundirnos una regeneración súbita." (24)

Los rasgos tan breves como filosóficos que caracterizan las fábulas guatemaltecas, revelan que el autor conocía á fondo el corazón humano. Léase la que lleva por título "El Piojo, la Pulga y la Nigua," y se verá lo que son los amigos, consecuentes en los tiempos de bonanza y desleales en la adversidad y en el infortunio. La de "Las Palomas y los Sanates nidificando" tiene mucho sabor patrio, y retrata con mano maestra, los goces de la fidelidad conyugal y los peligros del libertinaje. La de "Las Hormigas y la Lombriz," demuestra que cabe la entonación épica en el humilde apólogo; y la de "El Pavo Real, el Guarda y el Loro," á la par que envuelve amarga crítica, revela una espontaneidad y soltura admirables y un lenguaje ajeno á toda presunción y artificio.

No pueden recorrerse las composiciones de Goyena sin tropezar á cada paso con riquísimas joyas engarzadas en el más preciado metal. ¿Quién no admira, en aquel poema alegórico de "Los Animales congregados en Cortes," descripciones como ésta?.

Aquí la maliciosa Zorra dijo:
Oigan al charlatán, oigan al Mono,
Cómo quiere con gestos y parola
Imponernos la ley y dar el tono;
Pensará que sólo él ha dado en bola,
Y que sabe pensar como la gente,
Sin mirar por detrás su larga cola.

Como muestra de originalidad y de toques soberbios, en que con tintes locales y hasta con voces propias de estas comarcas, se describe la alegría y bullicio infantiles, y la

[24] Discurso de don Alejandro Marure, pronunciado el 7 de agosto de 1834, en la "Academia de Estudios."

hipócrita explotación que de los principios religiosos, á título de piedad y de misticismo, suelen hacer los santulones y las beatas; va ahí ese modelo:

Los Muchachos, los Sanates y el Loro.

En un naranjal su nido
Un sanate construía,
Y en el pico conducía
El material escogido.

Con algún conocimiento
De reglas de arquitectura,
De la más gruesa basura
Usaba para el cimiento.

Un bejuco, el desperdicio,
Una piltrafa, un andrajo,
De mecate un estropajo,
Fundaban el edificio.

Con más ligero y más fino
Material, después trabaja:
Cerdas, hojarasca y paja,
Retales de lana y lino;

Al fin el nido se acaba,
Y en pelillos delicados
Yacen los huevos pintados
Que la madre fomentaba.

Quiso la desgracia un día,
Que un muchacho juguetón
Vió que del nido un cordón
De san Francisco pendía.

A otros compañeros llama,
Sube al árbol en un vuelo,
Da con el nido en el suelo
Desprendido de la rama.

Juntos todos con gran prisa
Proceden al inventario:
“¡Miren un escapulario!
Gritó uno, muerto de risa;

Otro dice: “aquí hay retazos
De patentes ó de bulas . . .
¡La medida de Esquipulas!
¡Jesús! ¡qué picaronazos!

Dice otro: “si á más no viene,
Este ramo está bendito . . .
Miren este rosarito . . .
Sólo dos misterios tiene . . .

A ver, á ver la estampita,
Es de san Pedro y san Pablo
De la cruzada . . . ¡qué diablo
De sanata tan maldita!”

El examen satisfecho
De los andrajos devotos,
Dejaron los huevos rotos,
Y el nido todo deshecho.

Mientras tanto, amotinados
Los sanates, daban gritos
Diciéndoles: “¡ah, malditos,
Herejes, excomulgados!

¡Oh! ¡qué horrendo sacrilegio!
Lo más sacrosanto y pío

Cómo lo ridiculizan!
Las plumas se nos erizan,
¡No hiciera más un judío!

¡Qué juegos tan execrables!
¡Qué chacotas tan punibles!
¡Hacer objetos risibles
Las reliquias venerables!

Pero, el Cielo que es testigo
De tanta profanación,
Dará á vuestra irreligión
Correspondiente castigo.”

Oyendo estos disparates,
Dizque un loro muy ladino
De un licenciado vecino
Dijo, hablando á los sanates:

“La profanación, hermanos,
Ya la hizo quien de estas cosas,
Sagradas y religiosas,
Se sirve en usos profanos.

A los cintos y cordones,
Por su bendito instituto,
No conviene el atributo
De empollar y criar pichones.

Ese celo tan extraño
Que mostráis por su respeto,
Sólo tiene por objeto
Evitar el propio daño.”

La defensa muchas veces
De la religión hacemos,
Cuando de acuerdo la vemos
Con los propios intereses.

La religión soberana
Y su divino derecho,
Conforme á nuestro provecho,
Se consagra ó se profana.

Al acabar de leer tan original apólogo, no podemos menos de admirar el talento creador, la viveza del estilo, la energía de los conceptos, y la enseñanza moral que exhibe un cuadro tan bien delineado, como lleno de saludables aplicaciones. No hay duda de que Goyena, profundo analizador, comprendió que el poeta latino-americano debe inspirarse en asuntos locales, y por eso fué en sus escritos eminentemente nacional. Se ha dicho que es preciso leer á Corneille bajo un arco de triunfo, y á Racine en los jardines de Versalles; pues bien, á Goyena es preciso admirarlo en medio de esta naturaleza animada y llena de atractivos, con que plugo á Dios dotar á nuestra patria. Hasta los provincialismos que aparecen en los versos, danles gracia especial, y ese perfume que sólo tienen las silvestres flores de nuestro suelo. Bien hizo el fabulista en no ir á mendigar asuntos extraños, ni á rebuscar palabras de relumbrón. El talento se ostenta mejor y luce más, al lado de la naturalidad y de la sencillez. ¿Por qué son tan bellas, si nó, tan tiernas, tan seductoras, las estrofas de Gutiérrez González, de Milanés, de Acuña? Porque parecen ver en ellas la flor de batatilla, tal como es, con sus preciosas galas; la tórtola de los montes, con su selvático canto; el santuario del amor, con sus lámparas y sus altares.

En cuanto á la corrección del lenguaje, preciso es convenir en que, si algunas pequeñas faltas se notan en las fábulas que examinamos, deben atribuirse á la presteza con que escribía y á los malos tiempos que su autor alcanzó. Ni todo puede ser irreprochable, ni el célebre vate dejó de rendir tributo á ciertas aberraciones de su época. Hay algo de conceptuoso, nimio y rastrero en las "Poesías varias," y mucho de trivial y de alambicado en aque-

llas insignificantes cuartetas y redondillas; en aquellos pedestres versitos congratulatorios, que fueron simplemente de circunstancias. Entendemos que algunas de esas composiciones serían escritas sin ánimo de darlas á la estampa, y aun se afirma generalmente que la desgraciada fábula de "Las Golondrinas y los Barqueros" no es del doctor Goyena, por más que figure en todas las ediciones que de sus versos se han hecho.

Entre las composiciones satíricas se encuentran algunas que, aunque hacen relación á sucesos antiguos, no carecen de chiste y donaire; por ejemplo, la que lleva el estribillo del tema de una desjuiciada, que á principios del siglo recorría las calles de esta ciudad, haciendo confesión de sus culpas al Santo Oficio. Esa epístola es como sigue:

Una loca excomunal
Se ha puesto muy de mañana,
Debajo de mi ventana
Con un tema original:
En la cabeza un *guacal*
Tiene á modo de morrión,
Y ensarta una relación
Tan larga como un proceso,
Que empieza: *Yo me confieso,*
A la Santa Inquisición.

Por este accidente ingrato,
Al escribir las noticias,
Que tanto, amigo, codicias,
Me interrumpo cada rato.
Este clamor inmediato
De su molesta canción
Me arrebató la atención,
Y pierdo el hilo y el seso,
Oyendo el: *Yo me confieso, etc.*

Te escribo así finalmente,
 Y tú allá, como entendido
 Darás á lo interrumpido,
 Inteligencia suplente;
 Sabrás que ya está en corriente
 La nueva Constitución,
 Y según la observación
 Que se tiene, buen suceso
 Promete: *Yo me confieso, etc.*

Considera ya desiertas
 Las lóbregas bartolinas,
 Que á las prisiones dañinas
 Se cerraron ya las puertas;
 Mas yo las quisiera abiertas,
 Pues cerrada una prisión
 Indica la presunción
 De que contiene algún preso
 Adentro: *Yo me confieso, etc.*

Ya se oyen los soberanos
 Derechos de la igualdad,
 Y de la gran sociedad
 Todos somos ciudadanos;
 Excepto los africanos,
 Cuya servil condición,
 Ha sido un negro borrón
 Que apenas lo quita el yeso
 Más blanco. . . . *Yo me confieso, etc.*

Hubo juntas parroquiales,
 Y según los votos varios,
 Salieron compromisarios
 Para las electorales.

Merecen estos vocales
 Toda nuestra aprobación
 Por ser de la aceptación

Y consentimiento expreso
 Del pueblo. . . . *Yo me confieso, etc.*

Puestos ya los electores
 En su respectivo asiento,
 Proceden al nombramiento
 De alcaldes y regidores.
 Ante los espectadores
 Hicieron la votación,
 Sin fraude ni colusión,
 Ni otro ilegítimo exceso
 Doloso. . . . *Yo me confieso, etc.*

En el tiempo convenido
 Hubo misa, y asistencia
 Del Cabildo y de la Audiencia,
 Con un concurso lucido,
 El Señor os ha elegido,
 Dijo el padre del sermón;
 La evangélica lección,
 Era de aquel texto expreso,
 "Nescio vos. . . . *Yo me confieso, etc.*

Por las noticias de Europa,
 (Amigo, Gaceta canta)
 De España la causa santa
 Navega con viento en popa.
 Se creará que hay una tropa
 De gente tan sin razón
 Que todo lo hace cuestión,
 Aun lo que se mira impreso
 De molde. . . . *Yo me confieso, etc.*

Se dice que un belemita
 Contra un fraile franciscano,
 De quien lo supo un fulano,
 A quien un mengano cita:

Que por una carta escrita
De Pekín, se da razón
Que al pérfido Napoleón
Le torcieron el pescuezo
En París. . . . *Yo me confieso, etc.*

Nuestra coronada villa
La reconquistó el inglés,
Y no se encuentra un francés
En una ni otra Castilla.
Evacuada ya Sevilla,
La Navarra y Aragón
Tendrán pronta evacuación;
El mal gálico con eso
Purgarán. . . . *Yo me confieso, etc.*

Nuestro ilustrado gobierno
Pidió al claustro que le informe
Del método más conforme
De estudio antiguo y moderno,
Al punto se cría un terno
De sabia diputación,
Para que haya una instrucción:
Ahora sí que harán progreso
Las letras. . . . *Yo me confieso, etc.*

Guatemala está de modo
Que ninguno lo comprende,
Y aquél que más lo pretende
Es el que lo ignora todo:
Por eso yo me acomodo
A la vida del ratón,
Que labró su habitación
En aquel famoso queso
Flamenco. . . . *Yo me confieso, etc.*

Amigo, se me sofoca
La cabeza con el ruido
Monótono y sostenido
De mi penitente loca.

Por lo que á mi afecto toca,
Jamás tendrá variación,
Siendo esta la confesión
Que en mi juicio y exprofeso
Debo hacer: *Yo me confieso,*
A la Santa Inquisición.

V.

Aquí deberíamos terminar el rápido análisis de las poesías del doctor Goyena, si no fuera que ha querido nuestra buena suerte que, entre antiguos y apolillados papeles, diéramos con varias producciones del fabulista, que no figuran ni en la primera colección que de sus versos se publicó, en 1825, en esta capital; ni en la que salió á luz en París, once años después; ni en la impresa por la tipografía de "La Concordia," en 1859; ni menos en la última, dada á la estampa hace dos años, en la imprenta del señor Silva. Aquellas producciones se encuentran confundidas, en las gacetas guatemaltecas de principios del siglo, con los bandos del señor Mollinedo y Saravia, para evitar que se robasen las losas de las aceras, y á efecto de que no pulularan por las calles de esta leal y noble ciudad tantos perros como debe de haber habido, á juzgar por las enérgicas disposiciones contra la raza canina. (25) En ese periódico oficial, que se imprimía con tipos fundidos en el país, aparecen de vez en cuando, con el anagrama de los apellidos, que en sus mocedades usaba el festivo poeta, algunas fábulas, varias ana-

[25] El primer bando es de 15 de agosto, y el segundo de 21 de febrero de 1803.